



HAL
open science

**No descubrir nuevas tierras sino ver con nuevos ojos.
Notas para pensar la identidad entre lo nacional y lo
local**

Belén Alonso

► **To cite this version:**

Belén Alonso. No descubrir nuevas tierras sino ver con nuevos ojos. Notas para pensar la identidad entre lo nacional y lo local. Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (12. 2006. Santander): Viejas y nuevas alianzas entre América Latina y España, 2006, s.l., España. pp.1322-1339. halshs-00104198

HAL Id: halshs-00104198

<https://shs.hal.science/halshs-00104198>

Submitted on 6 Oct 2006

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

NO DESCUBRIR NUEVAS TIERRAS SINO VER CON NUEVOS OJOS^{**}
NOTAS PARA PENSAR LA IDENTIDAD ENTRE LO NACIONAL Y LO LOCAL¹

Belén ALONSO
CONICET, Fac. de Cs. Sociales - Universidad de Buenos Aires, Argentina
mbalonso@fibertel.com.ar

RESUMEN: Dado que concebimos que el mundo social sólo es posible cuando es apropiado por los individuos y devuelto en tanto identidad compartida consideramos que las fronteras políticas son un campo de exploración clave de los modos en que se(nos) imaginan/mos y desarrollan/mos los sujetos y sus(nuestras) relaciones. Así la nación y la provincia cristalizan parámetros que definen relaciones sociales entre “nosotros” y “otros” en tanto también organizan procesos de interacción social en sentido amplio.

Nuestra intención con este trabajo es poner en el tapete la necesidad de pensar nuestra/s identidad/es y su construcción desde un lugar intersticial, como un conjunto de planos atravesados por procesos sociales diferenciados que pueden ser pensados, al decir de Renato Ortiz, en términos de ‘transversalidad’ o ‘trasvasamiento’, en particular, entre el ámbito nacional y el provincial.

De este modo, por un lado, el ámbito local-provincial adquiere protagonismo y por otro, se puede entender de manera más acabada que la/s identidad/es se construye/n en espacios intersticiales de coexistencia problemática muchas veces opacados si seguimos versiones sencillamente polares. Nuestra identidad se nutre de la conjugación y definición conflictiva, al decir de Giddens, en torno a la (des)integración, la (des)territorialidad y el (des)encaje de nuestra vida federal.

De tal suerte, intentamos recorrer un conjunto de caminos y lecturas que nos permitan pensar ¿De qué manera es posible interpretar los procesos de construcción simbólica de las identidades?, es decir, ¿Cómo se constituyen socialmente las identidades? ¿Cómo se hacen los sujetos de identidad? y ¿Qué lugar ocupa en todo esto la nación y la provincia?

Palabras clave: Identidad, Nación / Nacionalismo, Provincia / Local / Localismo

* Marcel Proust

¹ En este caso, se piensa lo “local” como el espacio delimitado por las fronteras de la unidad política “provincia”. No obstante, se reconoce que existen otros tipos de unidades político, sociales y geográficas que llevan la misma denominación.

Desvelos

Dice Bauman que *la identidad* fue un problema desde el inicio que “*nació como problema... como algo con lo cual es necesario hacer algo: como una tarea*” (1996: 41). ¿Dónde, cómo y por obra de quién los aspectos del ser humano se convierten en problemas? ¿De acuerdo con qué sistema de juicios y en relación con qué preocupaciones?

La actualidad y vigencia de la identidad como quid de cuestión es el resultado de un conjunto de cambios devenidos, al decir de Eliás (1977), de la mano del *proceso civilizatorio*. Tanto antes como ahora, las cuestiones de identidad preocupan cuando la incertidumbre es una certeza y así la “*identidad es un nombre dado a la búsqueda de salida de esa incertidumbre*” (Bauman: 1996: 41). De allí que las cuestiones de *identidad* siempre hayan sido desvelantes para quienes estudiamos los procesos sociales, culturales y políticos. Desvelos que, de un tiempo a esta parte, han ido ganando terreno en la agenda de otras disciplinas al son de las nuevas versiones sobre el ocaso del Estado-Nación (lugar donde la identidad encontró refugio desde la modernidad) en el marco de los procesos de globalización-mundialización.

Así, entre los contemporáneos debates sobre la emergencia de “nuevas” identidades, la “resurrección” de las de siempre, la “transformación” de las existentes y las distintas “políticas de la identidad”, es que nos interesa presentar un posible mosaico de lecturas que nos resultan claves en la conjugación del orden social y el simbólico para pensar la identidad en la convergencia de lo nacional y local. Ya que, partiendo de la base que el mundo social sólo es posible cuando es apropiado por los individuos y devuelto en tanto identidad compartida (Verdery, 1996), rescatamos las cuestiones de identidad/es que se constituye/n en espacios de diferencia y conflicto, es decir, en el lugar problemático donde se compone el sentido del “ser” y el “pertenecer”.

Salir de la incertidumbre, aproximaciones teóricas sobre una categoría esquiua

La noción de *identidad* siempre ha estado vinculada a la de *cultura*, quizá debido a que ambos conceptos nacieron juntos, de mano de la modernidad (Bauman, 1996). La identidad no puede ser entendida sino en clave cultural ya que la cultura es una red de significados y la identidad una forma de expresión de la cultura, un aspecto crucial de la reproducción cultural (Geertz, 1987). Así, la cultura define una serie de referentes –por ejemplo, la nación y la clase sobre todo en los tiempos modernos; el género, la étnia y los consumos culturales fundamentalmente en la actualidad- que son los marcos que la contienen y que obligan a abordarla a partir de su interacción con otras identidades construidas según otros referentes. Por ende, la identidad es la cultura internalizada en sujetos, subjetivada, apropiada bajo conciencia de sí en el contexto de un campo ilimitado de significaciones compartidas con otros, es un espacio vital de constitución y reafirmación de vínculos sociales, es la relación dialéctica del sujeto y la sociedad.

Los antecedentes en cuanto a su estudio provienen de las más diversas disciplinas (entre las áreas reconocidas podemos mencionar a la sociología como primera disciplina que dio vida a la categoría, luego a la antropología y la psicología, quienes la tomaron a préstamo y re-dimensionaron sus aproximaciones) y se desarrollan bifurcadamente durante todo el siglo XX hasta hoy día.² Por ello, “*las teorías sobre la identidad siempre se hallan insertas en una interpretación más general de la realidad; están ‘empotradas’ dentro del universo simbólico y sus legitimaciones teóricas, y varían su carácter de acuerdo con esto último. La identidad permanece ininteligible a menos que se la ubique en un mundo. Cualquier teorización sobre la identidad –o sobre tipos específicos de identidad- debe por tanto producirse dentro del marco de referencia de las interpretaciones teóricas en que aquella y éstos se ubican*” (Berger y Luckmann, 1997: 217).

Como breve preludeo podemos decir que históricamente se ha dado una metamorfosis en la concepción de la identidad vinculada al sujeto. Esta serie de cambios presentaría inicialmente un sujeto

² Debemos reconocer que existe una amplia producción que hemos abordado de manera tangencial debido a los parámetros de presentación. De estas líneas, destacamos para quienes estén interesados en profundizar los trabajos de Mead con su noción central de *encarnación* o *embodiment* (1934), Erikson (1940), Berger y Luckmann con su idea de *mismidad* o *selfhood* (1967), Barth (1969), Goffman (1969), Cohen (1985), Giddens (1991) y Jenkins con su claves ideas de *dialéctica de lo interno-externo* y *multilateralidad* (1996). Todos ellos referenciados en el apartado bibliográfico correspondiente.

como sustancia inmutable con una identidad como esencia fija y dada, que varió a otra que supone un sujeto producto de la construcción social con una identidad construida social-comunicativamente, hasta llegar a una versión del sujeto dividido (como una colección de tendencias discordes) y de allí a la desaparición o quiebre de la identidad (Larraín Ibáñez, 1996).

Esta mutación de sentido configura tres etapas en la conceptualización del sujeto que simplifadamente son: primero, un *sujeto de la Ilustración* basado en una concepción de la persona humana como individuo totalmente centrado, unificado y dotado de las capacidades de razón, conciencia y acción. Segundo, un *sujeto sociológico*, que abandona la idea individualista del sujeto y destaca un núcleo no autónomo ni autosuficiente sino formado en relación a otros significativos. Tercero y último, un *sujeto posmoderno* que es caracterizado sin identidad fija y permanente; es un sujeto fragmentado y compuesto de una variedad de identidades que son contradictorias o no resueltas (Hall, 1992). En resumidas, la preocupación por la identidad en los tiempos modernos se vincula a la perdurabilidad mientras que en la denominada posmodernidad, por el contrario, es cómo evitar su fijación (Bauman, 1996).

Coincidiendo con la tríada descrita y en pos de una organización teórica de la categoría *identidad*, Larraín Ibáñez (1996) sistematiza tres modos de entenderla y abordarla. Aún cuando la hace en relación exclusiva al referente de la nación bien vale para una ubicación general de la categoría:

Por un lado, estarían las versiones esencialistas³ que hacen hincapié en la identidad como hecho acabado y naturalizado asociado tanto a la sangre como a la raza. Bajo esta perspectiva, la identidad es interpretada como fruto de un sustrato común de los individuos que la comparten los cuales poseen rasgos originarios del grupo que se mantienen a través del tiempo. Esta línea es por definición excluyente y por ende opositora, es decir, se describe a partir de establecer la diferencia entre lo propio y lo ajeno, el *nosotros* versus *ellos* que son *esencialmente* diferentes.

Por otro, se encuentran las líneas constructivistas –fundamentalmente, seguida por visiones postestructuralistas⁴– las cuales ponen el acento en el discurso como elemento que organiza toda la vida social. Así entienden la identidad y los sujetos de identidad como producto de construcciones discursivas o narrativas, en especial, provenientes de la dimensión pública.

Por último, la versión histórica-estructural –que es la que propone el mismo Larraín Ibáñez a fin de equilibrar las anteriores– se basa fundamentalmente en la interrelación de la historia y los discursos subjetivos (cercaos al ámbito privado). De allí, esta perspectiva sostiene, primero, el valor de comprender la identidad dentro de marcos históricos de existencia que supone su construcción y, segundo, la dinámica vincular entre el ámbito público y el privado como momentos circulares de interacción recíproca.

Tratando de responder no sólo a la pregunta de cómo es posible definir la identidad sino y, sobre todo, de qué manera es dable interpretar los procesos de construcción simbólica de las identidades consideramos fértil la conjugación de las líneas histórico-estructural y constructivista. Aún cuando admitimos que esta última corre el riesgo de dar excesiva autonomía a los discursos, al mismo tiempo creemos que en su articulación posibilita un acercamiento más comprensivo del lugar donde se traman los relatos y se estructuran las significaciones como las prácticas sociales habilitando un abordaje atravesado por las pugnas propias por la constitución de sentido.

En esta línea, siguiendo la producción de Hall –aún cuando se inscribe en la perspectiva constructivista– podemos pensar la construcción identitaria a partir de las dos dimensiones mencionadas para la versión histórica-estructural: la historia y la interconexión entre el mundo público y el mundo subjetivo. De allí, la identidad es definida como punto de encuentro (*meeting point*) o de sutura (*point of suture*)⁵ entre los discursos, prácticas y procesos los cuales, en esta concurrencia, nos hacen sujetos de identidad. Precisamente, dice Hall: “*Uso ‘identidad’ para referirme al punto de encuentro, el punto de sutura entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan ‘interpelarnos’, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de ‘decirse’*” (2003: 20).

³ Entre sus exponentes podemos mencionar los estudios de la religión popular de Morandé (1984) y la cultura *folk* y vida cotidiana de Burns (1980).

⁴ Entre sus principales expositores reconocemos a Foucault en Francia y Mouffe, Laclau, Hirst, Hindess en Inglaterra.

⁵ Hall toma la idea de *sutura* de Stephen Heath (1981).

Esta asunción tiene como virtud el desligarse de sesgos naturalistas o esencialistas dando igual relevancia a discursos y prácticas tanto públicas como subjetivas a la hora de configurar la identidad. Identidad que es pensada como una construcción simbólica y, como tal, producto de la historia: “*Las identidades tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir...*” (Ídem: 17). Si bien, para Hall, las identidades se construyen dentro del discurso su estudio no puede agotarse en su dimensión simbólica de adscripción sino que, debe dar cuenta de la articulación en prácticas concretas, en tanto construcción encarnada en sujetos: “*debemos considerarlas producidas en ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas, mediante estrategias discursivas específicas*” (Ídem: 18). Así, se da cuenta de la cultura en un doble sentido: por un lado, como expresión de un discurso elaborado, articulado y más o menos riguroso, y por otro, como expresión de significados enraizados, en muchos casos implícitos, sin elaboración y coherencia propios de la diversidad de modos de vida cotidianos.

En este punto, caben dos comentarios. Primero, que para clasificar la identidad debe reconocerse que ésta puede desdoblarse en dos: una percepción subjetiva, que implica el auto-reconocimiento de sus miembros, que supone una *colectividad autocalificada* o *identidad grupal* y otra objetiva, donde los actores son clasificados por un observador y que supone una *categorización social* (Alabarces, 2001). Segundo, que esta delimitación de fronteras no puede realizarse por fuera de una dimensión que contemple la lucha por el poder (Foucault, 1992) que se da en marcos históricos concretos.

Sobre el primer punto, cualquiera sea el enfoque teórico que se asuma para su entendimiento, en la propia definición identitaria el *otro* juega un papel protagónico. El “otro significativo” se sustenta en la similaridad: “*la pertenencia a una comunidad, según Cohen, depende de la construcción simbólica y significativa de una ‘máscara de similitud’ que cualquiera puede usar, un paraguas de solidaridad bajo el cual cualquiera puede refugiarse. La similaridad de la membresía comunal es entonces imaginada*” (Cohen en Jenkins, 1996: 105). La construcción social de la *diferencia* (externa) genera *similitud* (interna) y no viceversa (Jenkins, 1996; Cohen, 1985). Vale decir que el establecimiento de distinciones con los valores, características y modos de vida de *otros* siempre implica la definición del sí mismo nucleada en el *nosotros*, de esta manera surge la idea de *nosotros* cuanto opuesto a *ellos* o a los *otros* (Hoggart, 1972).

En esta línea, Larraín Ibáñez (1996) plantea que la definición de la alteridad puede darse en base a tres dimensiones: la primera es el *tiempo* donde el otro es el pasado (tradición / primitivo) en contraposición con lo nuevo (moderno); la segunda es determinada *calidad* considerada necesaria o básica, por ejemplo, los discursos de la modernidad plantean la razón y civilización como fuente de identidad cultural y lo carente de ello es definido como *lo otro = barbarie*, la tercera es el *espacio*, en donde el otro es aquel que vive *afuera*, el *no civilizado*. Por ende, la diferencia es socialmente organizada y las identidades se construyen a través del límite (*boundary*) con los *otros* (Barth, 1969), a través de la diferencia no al margen de ella: sólo puede construirse a través de la relación con *otro*, la relación con lo que *no se es*, con lo que justamente *le falta*, con lo que se ha denominado su “otro constitutivo” o su “afuera constitutivo” (Derridá, 1981; Laclau 1993; Butler, 1993; Hall y duGay, 2003).

Entonces, si bien es cierto que la constitución de identidades supone poner énfasis en la similaridad a través de un proceso dialéctico entre lo interno y lo externo (lo individual y lo social), cabe reconocer que es una construcción (y una construcción imaginada, es decir, no real pero tampoco falsa)⁶, un proceso que se realiza en(tre) relaciones de poder. Así la identidad está siempre sujeta a batalla y es, además, el campo del enfrentamiento. Esto nos da pie al segundo punto:

El juego de las identidades pone en el tapete la idea de negociación –acción que de ningún modo se encuentra exenta de tensiones y conflictos- en tanto implica delimitar simbólicamente un territorio tomando en consideración la multiplicidad de actores involucrados. Así “*las identidades operan a partir de posicionamientos distintos. Algunas de ellas tienen una influencia mayor, porque se vinculan con instituciones cuyas ‘estrategias’ las impelen sobre el territorio ‘de los otros’. Otras, sin embargo, (...) deben actuar sometidas a la presión de sus ‘oponentes’*” (Ortiz, 1996: 91-92). Al decir de Laclau: “*una objetividad logra afirmarse parcialmente sólo si lo hace reprimiendo lo que la amenaza (...) la constitución de una identidad siempre se basa en la exclusión de algo y el establecimiento de una jerarquía violenta entre los dos polos resultante...*” (1993: 33).

⁶ Esto se retomará en relación a las perspectivas de Bhabha, Anderson, Gellner, Hobsbawm cuando hablemos de nación.

De allí que las identidades se expresen mediante la coexistencia con otras asociadas a diferentes marcos referenciales que se construyen y reconstruyen en competencia y conflicto, en intersección y antagonismo (Hall y duGay, 1996). Pero sus posibilidades de cambio y reconstrucción no son infinitas (Sugden y Tolimson, 1998), sino que se encuentran constreñidas al contexto de su producción inicial y a la flexibilidad o rigidez de su condición social de existencia “...es un asunto de ‘llegar a ser’ como también de ‘ser’. Pertenecce al futuro tanto como al pasado. No es algo que ya existe, trascendiendo lugar, tiempo, historia y cultura. Las identidades culturales vienen de algún lugar, tiene historia. Pero como todo lo que es histórico, ellas sufren una transformación constante. Lejos de estar eternamente fijas en un pasado esencializado, están sujetas al continuo ‘juego’ de la historia, de la cultura y del poder. Lejos de estar fundadas en una mera ‘recuperación’ del pasado, que está esperando ser encontrado, y que, cuando encontrado, asegurará nuestro sentido de nosotros mismos hasta la eternidad, las identidades son los nombres que damos a las diferentes maneras como estamos situados por las narrativas del pasado y a cómo nos situamos nosotros mismos dentro de ellas” (Hall, 1990: 225).

A la sazón, la/s identidad/es y sus procesos de constitución no pueden prescindir de una mirada política ya que son en sí mismos un acto de lucha por la composición de sentido, un acto vivo de poder. En consecuencia, los debates sobre identidad y su definición se encuentran permanentemente signados por intereses encontrados. Así, las identidades son cristalizaciones provisionales que toman vida en escenarios marcados por la diferencia, el conflicto y lo político.

Clásica recapitulación, las versiones de la nación

Antes de avanzar, resulta insoslayable traer a colación que si bien son innegables las transformaciones sociales y culturales coligadas a los procesos de globalización-mundialización⁷ así como las consecuencias (positivas como negativas) que éstas han traído en la redefinición de espacios globales y locales (Rajchman, 1995; Friedman, 1994; Featherstone, 1990), en términos generales sería una falacia afirmar el ocaso del Estado-Nación. Aunque, sería igual de erróneo no conceder que los clásicos marcadores identitarios, aquellos trazos que permitían operaciones de identificación de los sujetos desde la modernidad, se han visto *desplazados* (Aronowitz, 1992) y esto debido, en parte, a la emergencia de nuevos referentes desde los cuales la identidad es interpelada (como ya se sabe: el género, los consumos culturales, las regiones, etc.). Pero, perder centralidad no implica desaparición sino, más bien, *displacement* hacia otras identidades. Así lo establece Aronowitz a propósito de la crisis del concepto “clase”: “By the term ‘displacement’ I don’t mean, for example, that gender and race are simply derived from class or occupy it’s space (...) I want to argue that we share multiple social identities, but these are not always ‘in evidence’ in specific political contexts (...) these displacements are not unidirectional: class, gender, race and sexual preference displace each other; which subject-position dominates is purely contextual” (1992: 8). En esta línea, las identidades en clave moderna asociadas al territorio y pensadas desde una dimensión socioespacial necesitan reponerse complementariamente con otras definiciones sociocomunicacionales (García Canclini, 1990).

Entonces, tratar de pensar cómo se construyen socialmente las identidades y qué lugar ocupa la nación en todo esto implica asumir las diferencias inherentes a los relatos sobre la *nación* y el *nacionalismo* (y a la *identidad nacional* como *junction concept* o categoría de empalme). En términos de *proceso*, esto supone en el mismo movimiento, pensar cuáles son las condiciones materiales que viabilizan el éxito (o no) de dicha constitución y, fundamentalmente, cuáles son los modos en que la nación es interiorizada por los sujetos. Es decir, el modo en que la nación encuentra su *caradura* (Jenkins, 1996), condición subjetiva ineludible para su existencia objetiva.

Dentro de las ciencias sociales y revisando las teorías que dan cuenta sobre la Nación y el nacionalismo, a fin de su entendimiento siguiendo a Palti (2003) podemos organizar dos grandes

⁷ Aquí seguimos la distinción propuesta por Renato Ortiz quien circunscribe la *globalización* a las dimensiones económica y tecnológica en tanto a la *mundialización* al plano de los procesos culturales: “Cuando nos referimos a la economía y a la técnica, nos encontramos ante procesos que reproducen sus mecanismos, de modo igual, en todos los rincones del planeta. Hay sólo un tipo de economía mundial, el capitalismo, y un único sistema técnico (...) Sin embargo, es difícil sustentar el mismo argumento respecto de los universos culturales. (...) En este sentido, la mundialización se realiza en dos niveles. Primero, es la expresión del proceso de globalización de las sociedades, que se arraigan en un tipo determinado de organización social. La modernidad es su base material. Segundo, es una ‘weltanschauung’, una ‘concepción del mundo’, un ‘universo simbólico’ que necesariamente debe convivir con otras formas de comprensión” (1996: 22).

grupos: las que adoptan una perspectiva genealógica y otras, opuestas, con un punto de vista antigenealógico. Sintéticamente, la primera piensa la nación como un principio explicativo del devenir histórico, ya que sería preexistente y aparecería como expresión de una tradición. Según Palti, estas ideas tuvieron origen a principios del siglo XIX porque en ese momento había que decidir qué constituía una verdadera nación y qué no lo era, lo cual hizo prevalecer el argumento de su preexistencia o enraizamiento con la tradición. En contraposición, las versiones antigenealógicas entienden a la Nación como algo que hay que explicar históricamente. Su origen data de la post Primera Guerra como consecuencia del intento por desmontar el discurso genealógico así como sus corolarios ideológicos y políticos no deseados (Conde, 2004). A la sazón, para Palti, la nación deja de importarse como contrato (mirada contractualista) y como esencia (ideal del romanticismo de Herder y seguidores) para tomar vida a partir de la narración o de su construcción discursiva en tanto entidad histórica y cultural, por lo cual, los sentidos que la instituyen y la informan también deben ser elucidados. De allí, la nación es un producto típicamente moderno y, asimismo, es entendida como una construcción de los sujetos que la preceden.

Como presentación sistematizada y resumida también es de gran utilidad la clasificación propuesta por Özkirimli (2000). Ésta se organiza en cuatro vertientes analíticas: primordialistas, etno-simbolistas, modernistas y posmodernas, de las cuales nos interesa destacar las dos últimas por ser las que conciben la nación como construcción permitiéndonos una mirada que repone la diferencia, el conflicto y lo político en el proceso de constitución identitaria.

Las versiones modernas surgieron en oposición y de manera reactiva a las primordialistas⁸ y etno-simbólicas⁹. Así, el modernismo clásico emergió en la década del '60 luego de los procesos de descolonización en Asia y África, compuesto por una heterogénea producción que tiene entre sus principales exponentes a Kedourie (1960), Kautsky (1962), Deutsch (1966), Tilly (1975), Nairn (1977) con una contemporánea relevancia de Gellner (1983), Anderson (1983) y Hobsbawm (1983 y 1990). Si bien todos ellos tienen como denominador común la creencia en la modernidad de las naciones y los nacionalismos entendidos como consecuencia de la Revolución Francesa así como producto del capitalismo, el industrialismo, la emergencia de los Estados burocráticos, la urbanización y la secularización, existen diferencias en sus análisis. De ellos, consideramos que vale la pena despuntar los encuentros y desencuentros de los teóricos del nacionalismo de los años '80 quienes han instalado la idea de que el nacionalismo es básicamente una construcción narrativa.

Tanto Gellner (1983) como Anderson (1983) van a inaugurar la más cercana discusión sobre la nación y el nacionalismo en esta década a la que luego se va a sumar Hobsbawm (1990). Básicamente este trío se distingue entre sí en relación a sus ejes de su interpretación: Gellner, supone entender la construcción de la nación *desde arriba* o *from above* en base a las mediaciones decisivas de las burocracias estatales, la educación y los medios de comunicación. Hobsbawm, por su parte, siguiendo los pasos de Gellner en cuanto a su pensamiento político, económico y cultural, propone una visión constructiva de pero vista *desde abajo* o *from below*. En tanto, Anderson, a diferencia de Gellner y Hobsbawm, entiende la nación a partir de una fabricación –*comunidad imaginada nacional*– que supone concebirla como limitada, como soberana y como comunidad, coincidiendo con ellos en la importancia del rol de los medios de comunicación en el proceso de integración. Puntualmente, es a partir de lo que él denomina *capitalismo*

⁸ Esta línea aparece como el más temprano paradigma entendiendo la nación como una existencia inmemorial y la nacionalidad como parte natural de los individuos. Está fuertemente ligada a posiciones étnicas y ante su dispersión teórica es posible observar en su interior tres ramas: la naturalista, la sociobiológica y la culturalista.

⁹ Por su parte, sostiene que son los lazos étnicos preexistentes, a través de la memoria, los valores, los mitos y símbolos los que dan vida a la Nación. Según Özkirimli, Anthony Smith (1991, 1995, 1999) es quien mejor representa esta línea. Smith hace una abierta crítica a las miradas modernas y posmodernas (definiéndolas como parte de *Teorías Gastronómicas* debido a que la nación y el nacionalismo se construye *a piacere* a partir de una *melange* de materiales constantemente reinventados) y sostiene la necesidad de entender la Nación desde una perspectiva *Geológica*: “*como depósito del tiempo, como una estructura de experiencias sociales, políticas y culturales establecidas por generaciones sucesivas de una comunidad identificable*” (en Fernández Bravo 2000: 194). En resumen, el pasado étnico es el factor explicativo del presente nacional y la nación es un constructo originado sobre la base de una cultura común o pública difundida a través de los aparatos de socialización popular, la escuela y los medios de comunicación (función interna de la nación). Aunque, lo central, es que la eficacia depende de la preexistencia de un modelo étnico: “*el nacionalismo mismo, (...), como ideología, movimiento y simbolismo, está arraigado en los orígenes étnicos casi siempre premodernos de la vida social*” (1991: 7). De allí, la identidad supone un policlasismo irreductible con atributos históricos y simbólico-culturales, no como una existencia natural o situacional. Y que, su unidad, es antes cultural que genética en el sentido de “*continuidad, de recuerdo compartido y destino colectivo; es decir que sus fundamentos son las líneas de afinidad cultural encarnadas en mitos, recuerdos, símbolos y valores*” (Ídem: 26).

de imprenta o *print capitalism* que un número de personas adquieren la capacidad de pensarse a sí mismos en un nuevo plano: como miembros de una nación.

En la versión de Gellner (1991), la nación es el producto, fundamentalmente, del nacionalismo y el nacionalismo es, ante todo, un principio político que sostiene la congruencia entre la unidad política y la nacional. Según su tesis, el nacionalismo crea la nación y en este mismo acto se establece la homogeneización cultural, es decir, la imposición de una cultura basada en ideas, signos, comportamiento y comunicación que va a ser de carácter único. Así *“el nacionalismo es esencialmente la imposición general de una cultura desarrollada a una sociedad en que hasta entonces la mayoría, y en algunos casos la totalidad, de la población se había regido por culturas primarias”* (Gellner, 1991: 82). En consecuencia, el nacionalismo se sustenta en la nacionalidad para predicar una supuesta identidad cultural de un *nosotros* diferente a un *otros*.

Precisamente, señala que una cultura común es lo que define la pertenencia a la nación, al tiempo que se da un reconocimiento a los individuos sobre dicha pertenencia. Esta nación, entonces, es el resultado del deseo simultáneo de un grupo de perdurar como comunidad, del hecho de compartir una cultura y de la emergencia de un Estado como unidad política centralizada.¹⁰ Aún cuando se destaca que esa cultura común es oficial y se produce y reproduce de mano de un conjunto de dispositivos (en especial, la escuela, el lenguaje, la unificación lingüística además de los medios de comunicación - estatales/oficiales- y las burocracias) que organizan el sentido vertical del proceso *desde arriba*, vemos que el Estado¹¹ es condición necesaria aunque no suficiente, ya que resulta indispensable un entramado simbólico que integre a los sujetos que habitan su territorio y los convierta en nación.¹²

En Gellner es sobresaliente su postulación en torno a que el nacionalismo *inventa* las naciones allí donde no existen y que, tal como lo señala Anderson (1983), está acentuando su carácter de invención o fabricación pero en un sentido de falsedad: *“el nacionalismo suele considerarse a sí mismo como un principio manifiesto y evidente que es accesible a todos los hombres y que sólo violan algunas cegueras contumaces, pero de hecho debe su credibilidad y capacidad de convicción tan sólo a un conjunto de circunstancias muy concretas que, en efecto, se dan hoy, pero que han sido ajenas a la mayoría de la humanidad y la historia. Predica y defiende la diversidad cultural, pero de hecho impone la homogeneidad tanto en el interior como, en menor grado, entre las unidades políticas”* (Gellner, 1991:161). Va a ser esta cuestión la que Anderson criticará abiertamente: *“Con cierta ferocidad, Gellner hace una observación semejante cuando sostiene que el ‘nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia: inventa naciones donde no existen’. Sin embargo, lo malo de esta formulación es que Gellner está tan ansioso por demostrar que el nacionalismo se disfraza con falsas pretensiones que equipara la ‘invención’ a la ‘fabricación’ y la ‘falsedad’, antes que a la ‘imaginación’ y la ‘creación’. En esta forma, da a entender que existen comunidades ‘verdaderas’ que pueden yuxtaponerse con ventaja a las naciones. De hecho, todas las comunidades mayores que las aldeas primordiales de contacto directo (y quizás incluso éstas) son imaginadas. Las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas”* (Anderson, 1993: 23-24). Sobre esto y siguiendo a Conde (2004), el carácter construido de la nación –que indica al mismo tiempo el carácter inventado de la adscripción identitaria- no supone necesariamente una valoración negativa. Todo lo contrario, sólo es indicativa de que deben estudiarse sus modos de realización en cada momento histórico.

En esta línea, para Anderson la nación como el nacionalismo son *“artefactos culturales de una clase particular”* (1993: 21). Ambos toman vida en contingencias históricas precisas y una vez consolidados se volvieron posibles de ser utilizados en otros lugares y circunstancias: *“Lo que, en un sentido positivo, hizo imaginables a las comunidades nuevas era una interacción semifortuita, pero explosiva, entre un sistema de producción y de relaciones productivas (el capitalismo), una tecnología de las comunicaciones (la imprenta) y la fatalidad de la diversidad lingüística humana”* (Ídem: 70).¹³

¹⁰ Conde (2004) nos dice que en resumidas la sucesión sería: modernidad, industrialización, Estado, nacionalismo y nación. El industrialismo y su desarrollo en una progresiva consolidación del Estado centralizado son lo que Gellner denomina las condiciones de vida necesarias para que ideas tan simples como las nacionalistas triunfen.

¹¹ Si bien reconoce que la nación y al Estado son realidades que surgieron de forma independiente, también supone que históricamente se han consolidado juntas al punto de cristalizar como entidades que se piensan como naturalmente ligadas. Esta asunción se diferencia de Smith (1991) quien señala la distancia insuperable entre el Estado y la Nación, tanto que puede haber nación sin Estado y viceversa.

¹² Gellner establece una interesante relación entre cultura popular y cultura oficial que pueden servir de claves de interpretación para casos latinoamericanos como el de nuestro país, para profundizar ver Alabarces (2002) y Conde (2004).

¹³ Para Anderson las lenguas impresas supusieron una unificación de los campos de intercambio y comunicación mucho más amplio que las lenguas vernáculas. En este proceso se facilitó la fijeza al lenguaje lo que habilitó crear sobre esa base la imagen genealógica

Desde su modo de entender la *nación* ésta debe ser *imaginada*, en primer lugar, como *comunidad* (concebida como compañerismo y fraternidad entre iguales); en segundo, como *limitada* (con límites y extensión por afuera de los cuales ya no es ella); en tercero, como *soberana* (instituida por delegación del poder de sus ciudadanos); y por último, precisamente, ser *imaginada* ya que la comunión entre sus miembros sólo puede ser creativamente resuelta, no por obra de un conocimiento cara a cara. He aquí la base por la cual la nación es pensada como *invención* o *fabricación* pero, a diferencia de Gellner, en términos positivos de *proceso creativo*. Así, la *construcción imaginaria* no refiere a la nación en tanto construcción ideológica sino que apela al carácter imaginario de la adscripción identitaria a partir de los sujetos de tal construcción.

Este es el sustrato en el que Anderson organiza el nacer y discurrir de la nación, en donde el lenguaje como su medio productor y preformativo es protagonista: “*el capitalismo impreso dio una nueva fijeza al lenguaje, lo que a largo plazo ayudó a forjar esa imagen de antigüedad tan fundamental para la idea subjetiva de Nación*” (Anderson, 1993: 73). De allí que esté profundamente preocupado por los grandes aparatos de producción simbólica como el del *print capitalism*¹⁴ que, en el caso de la prensa, tuvo la particularidad de (re)crear la comunidad en tanto permitió a los sujetos imaginarse en simultáneo con otros en su misma situación y en su mismas prácticas de consumo, cosa impensada hasta el momento. Estos actos, que se realizaban en períodos de tiempo que no superaban al diario, afectaban el modo en que era percibida la propia vida cotidiana (Conde, 2004). De tal suerte, el desarrollo de la imprenta permite generar nuevas ideas de simultaneidad, tornándose posibles las comunidades horizontales-seculares dentro de las cuales la nación deviene la más importante. Así, la etapa del capitalismo combinada con la estructura básica de la novela en periódico y la diversidad del lenguaje, según Anderson, proveyó los medios y el espacio necesario para la representación de la clase particular de *comunidad imaginada* que es la nación.

Por último y en relación con las anteriores, Hobsbawm reflexiona sobre los marcos de desplazamiento conceptual de las representaciones de la nación. Estos desplazamientos permitirían, desde su modo de entender, fijar la nación (que es inherentemente a su constitución algo elusivo): “*porque la ‘Nación’, tal como la concibe el nacionalismo, se la puede conocer prospectivamente; mientras que la ‘Nación’ real sólo puede conocerse a posteriori*” (en Palti, 2003: 110). Para Hobsbawm, el movimiento *desde arriba* basado principalmente en el Estado, sería el encargado de *inventar la tradición*. Este proceso de establecer una continuidad con el pasado que permita construir la historia de la nación se realiza mediante tres funciones: configurar y representar la cohesión social, o garantizar la membresía en la comunidad; establecer o legitimar instituciones y relaciones de autoridad; y socializar en ciertos valores, creencias y comportamientos (Hobsbawm, 1983). Distanciándose de Anderson y acercándose abiertamente a Gellner, esta *tradición* es pensada por él como una continuidad *ficción* con el presente: “*al igual que Gellner, yo recalcaría el elemento de artefacto, invención e ingeniería social que interviene en la construcción de naciones*” (Hobsbawm, 1991:18).

En esta línea, y más allá de las clasificaciones propuestas en su *Naciones y Nacionalismos* (1991), se preocupa por ofrecer una versión de la nación que no se limita a una realización *desde arriba*, por el contrario, también introduce el impulso constructivo que proviene desde abajo y que toma vida “*en términos de los supuestos, las esperanzas, las necesidades, los anhelos y los intereses de las personas normales y corrientes*” (1991:18). Concediendo así, que si bien es necesario estudiar los aparatos centralizados del poder a la hora de configurar identidades, en especial la nacional, en igual modo hay que indagar a los sujetos que habitan la nación, en un proceso analítico de síntesis de ambas dimensiones.

La mirada *desde abajo* de Hobsbawm y el acento en la dimensión simbólica de la construcción de la nación como narrativa de Anderson aparecen como punto de partida de las posiciones posmodernas. Éstas, desde finales de la década del '80, van a proponer trascender los debates modernos a partir de pensar el fenómeno de una manera interdisciplinaria haciendo hincapié en el lugar de los *massmedia*, el género, los consumos culturales, entre otros referentes más contemporáneos, entendiendo el significado de la nación a partir de desenmascarar sus representaciones sociales ya que la nación cobra sentido sólo en imágenes o construcciones culturales. En esta línea, un punto en común con la perspectiva moderna es la atención puesta a los discursos dominantes, aunque los posmodernos

de la nación. Según Anderson, esto se dio en primer lugar en Norteamérica y luego en Hispanoamérica, por ende, él afirma que el nacionalismo fue una invención americana y no europea.

¹⁴ Idea cercana a la de *invención de la tradición* de Hobsbawm (1983).

intentan reponer el vacío de estudios dedicados a los grupos subordinados y entre sus temas recurrentes encontramos la producción y reproducción de la identidad nacional por parte del ámbito popular. En este marco se destacan los trabajos de Homi Bhabha (2000, 2002).

Este sostiene que las poblaciones híbridas responden a las construcciones dominantes de la nación produciendo sus propias contra-narrativas. El consecuente conflicto entre narrativas intensifica la ambivalencia de la nación como forma política y cultural. Así Bhabha piensa la nación como *narración* y todo intento por reconfigurar las identidades subjetivas nacionales trae como consecuencia la remisión a que sus modos definitorios son puestos en suspenso, marcados por la ambivalencia: *“Este es un hecho estructural sobre el cual no hay excepciones y ‘en este sentido es una declaración exacta (y no retórica) sobre el nacionalismo decir que es por su misma naturaleza ambivalente”* (retomando a Tom Nair en Bhabha, 2000: 213). Y, precisa: *“la Nación, como una forma de elaboración cultural (en el sentido gramsciano), es una agencia de narración ambivalente que sostiene la cultura en su posición más productiva, como una fuerza para la ‘subordinación, fractura, difusión, reproducción, tanto como productora, creadora y guía’”* (Ídem: 214-215. La negrita es del Autor).

Tal ambivalencia se reduce a que el discurso nacionalista postula por un lado, la nación como algo objetivo y al mismo tiempo como algo construido. Esto cristaliza en una oscilación intermitente entre lo simbólico y el sistema de significación, es decir, que va de lo constativo a lo performativo, del objeto al sujeto de la narración (Palti, 2003). En consecuencia, para Bhabha, el discurso nacionalista no se agota en su momento genealógico (que es el tiempo homogéneo –pedagógico- de la narración) sino que contiene en sí mismo un elemento constructivo (de performatividad que él denomina). A diferencia de Anderson sostiene que la nación no se articula de una vez y para siempre, encontrando una continuidad histórica que la recibe ya realizada, sino que se reactualiza en cada momento. En consecuencia, la performatividad del discurso nacionalista sería un recurso vivo que muta históricamente e incesantemente, así *“la formación de la Nación es un proceso, no una ocurrencia o un evento”* (Connor en Fernández Bravo, 2003: 13).

En este punto Conde (2004) plantea que esta necesidad continua de realizarse tendría su origen en la condición de falla permanente (“significación incompleta”) de todo discurso de identidad, entre los cuales se encuentran los nacionales: *“Estudiar la Nación a través de su discurso narrativo no llama meramente la atención sobre su lenguaje y su retórica: también intenta alterar el objeto conceptual en sí mismo. Si el problemático ‘cierre’ de la textualidad cuestiona la ‘totalización’ de la cultura nacional, entonces su valor positivo yace en desplegar la amplia diseminación a través de la cual construimos un campo de significados y símbolos asociados con la vida nacional”* (Bhabha, 2000: 213-214). En este sentido, Lefort (1981) nos recuerda de manera insistente que toda constitución de un orden social lleva en sí mismo un vacío originario. El discurso narrativo de la nación sería sólo un intento de llenar ese vacío. Intento en donde se vuelve más importante el gesto de realización que la realización efectiva (en términos discursivos, más *el decir que lo dicho*). Y donde nunca se llega a una consecución exitosa, porque esto lo haría fracasar en su carácter representativo.

En consecuencia, la nación debe pensarse articulada en un espacio que proyecta una ilusión de homogeneidad y que, al mismo tiempo, alimenta *“horizontes de vida sustantivos”* (Bhabha, 2000: 119). Mientras que la identidad surge de la narratividad del yo, *“pero la naturaleza necesariamente ficcional de ese proceso no socava en modo alguno su efectividad discursiva, material o política, aún cuando la pertenencia, la ‘sutura del relato’ a través de la cual surgen las identidades reside, en parte, en lo imaginario (así como en lo simbólico) y, por lo tanto, siempre se construya en parte en la fantasía o, al menos, en un campo fantasmático”* (Hall, 2003: 18). De esta suerte, las unidades de las identidades, la homogeneidad interna, es una presunción construida *“dentro del juego del poder y la exclusión y son el resultado, no de una totalidad natural e inevitable o primordial, sino del proceso naturalizado y sobredeterminado de ‘cierre’”* (sobre Bhabha en Hall, 2003: 19). Y, por su parte, la nacionalidad sería ante todo una *“forma de afiliación social y textual”* en donde lo central estaría dado por la dialéctica interpelación-identificación discursiva y en donde se juega la necesidad de inscribir simultáneamente *“el acontecimiento de lo cotidiano y el advenimiento de lo memorable”* (Bhabha, 2002: 176-177).

Si bien en distinta medida tanto Hobsbawm (1991), Anderson (1993) como Bhabha (2000, 2002) se preocupan por ofrecer nuevas claves de interpretación sobre la nación y su identidad, sólo en éste último se asume analíticamente la relevancia de esta dialéctica interpelación/reconocimiento de la mano del *“reconocimiento de la interpelación ininterrumpida de la Nación, articulada en la tensión significativa del pueblo como un a priori histórico, un objeto pedagógico y el pueblo como construido en la realización (performance) del lenguaje, su enunciación ‘presente’ marcada en la repetición y pulsación del signo nacional. El tiempo pedagógico funda su*

autoridad narrativa en la tradición de un pueblo (...) lo performativo interviene en la soberanía de la autogeneración de la Nación” (Bhabha en Palti, 2003:119-120).

De allí que para Bhabha *“los jirones, remiendos y harapos de la vida diaria deben transformarse repetidamente en signos de una cultura nacional coherente, mientras que el acto mismo de la performance narrativa interpela a un círculo creciente de sujetos nacionales”* (2002:182) lo cual conlleva a plantear el problema de la realidad objetiva del sujeto al que el discurso nacionalista interpela (el momento constataivo), el pueblo como sujeto (y no sólo como objeto) de la narración: *“Tenemos pues un territorio cultural escindido en donde el pueblo debe ser pensado en una temporalidad doble; el pueblo como el ‘objeto’ histórico de una pedagogía nacionalista, dando al discurso una autoridad basada en un evento u origen dado o preconstituido; el pueblo es también el ‘sujeto’ de un proceso de significación que debe borrar toda presencia anterior u originaria del ‘pueblo-Nación’ a fin de demostrar el principio de vida prodigioso del pueblo como el proceso continuo por el cual la vida nacional es redimida y significada como proceso reproductivo y reiterativo”* (Bhabha, 2002: 297). La atención sobre el sujeto de identidad resulta vital para atender los procesos de negociación de los sentidos que dan cuenta de la constitución identitaria. Es, en definitiva, en donde la nación encuentra su *caradura*. Nación que se configura como espacio intersticial, *in between* (entre medio) (Bhabha, 2000) como aquel lugar donde los sujetos experimentan, disputan y reconstruyen su relación consigo mismos y con el mundo desde su inherente ambivalencia, problematicidad y sinuosidad identitaria.

Un lugar donde encontramos, notas primerizas para pensar el lugar de lo local¹⁵

Ciertamente, nuestro objeto como científicos sociales, como estudiosos de la cultura y sus procesos se ha transformado cualitativa y cuantitativamente en tanto el bagaje conceptual organizado en torno a la nación debe reponerse en sintonía con el actual marco de las mutaciones acontecidas en las dimensiones sociales, políticas, económica y culturales (Ianni, 1996 a y b; 1992). En esta línea, *“la discusión sobre el ‘fin’ del Estado-nación (...) tomada al pie de la letra nos puede confundir. (...) tiene poco sentido afirmar ‘el espacio acabó’ o ‘las fronteras no existen más’. Importa subrayar en el seno de las sociedades globalizadas, su nueva configuración”* (Ortiz, 1997b: 293) ya que tanto el estado-nación como las provincias, las ciudades, los pueblos, los barrios continúan siendo unidades analíticas clave para entender nuestra configuración identitaria al tiempo que son aún una realidad geopolítica, resultado de un proceso social, cultural, económico e histórico.

Junto con la duda sobre la fuerza de las naciones en la era de la globalización-mundialización y de las estructuras transnacionales, hoy por hoy, se mantienen incontables discusiones en torno a la emergencia de la cuestión local. Así, las regiones, las ciudades, los barrios, los pueblos reaparecen como protagonistas de contemporáneas inquietudes sobre la identidad colectiva e individual y su lugar.

En principio, los términos local, localidad, localismo difícilmente pueden desprenderse de su asociación a los estudios de “lo global” en clave espacial. De allí que muchas perspectivas pretendan introducir un ordenamiento diferenciado de territorios como compartimentos estancos de lo local, lo nacional y lo global. Por un lado, la mirada interaccionista nos propone entender cada uno de estos niveles como unidades autónomas con límites concretos que reproducen una lógica particular y que cristaliza en una identidad también particular. Esta idea se resume en la presentación de dualismos que manifiestan la simple interrelación entre dos planos: local/nacional, nacional/global, global/local. Mirada que reconoce la importancia de la globalización pero que la presenta como ajena al núcleo de cada uno de estos espacios, lo cual nos obliga a quedar encerrados en dicho dualismo (Ortiz, 1996). Por otro, circula una perspectiva inclusiva que si bien bajo su análisis sostenido en megaconjuntos evita el dualismo de la anterior, en contrapartida, cae en el determinismo de establecer consecuencias lógicas mediante la inclusión de los planos local y nacional en el plano global, permaneciendo su autonomía como subconjuntos pero como miembros pertenecientes a una dimensión mayor que los subsume (Ídem).

¹⁵ Este apartado es el conjunto sistematizado pero aún preliminar de las notas que he tomado sobre las lecturas realizadas en torno a lo local, el localismo y el lugar de la provincia a fin de establecer las líneas que luego desarrollaré en mis tesis posgraduales. La intención es presentar una mirada preliminar que lleva en sí una propuesta teórica de abordaje para el entendimiento de estas cuestiones. No obstante, cabe aclarar que no es un apartado exhaustivo ni cerrado sino, por el contrario, está sujeto a intercambio, debate, reflexión y perfeccionamiento.

Estos puntos de vista son posibles de ser organizados en al menos dos dimensiones con límites más o menos difusos. Una en base a aquellos estudios de lo local vinculados a los procesos sociales desde la geografía y las observaciones regionales. Aquí lo local se entiende como ese territorio reducido, más pequeño que lo regional, socialmente reconocido como distinto a otros, con límites y fronteras claras (Ortiz, 1997 y 1996). En la tradición sociológica ha desarrollado su mirada de lo local, la localidad y el localismo asociado a un espacio particular delimitado, un ámbito con un juego de relaciones sociales muy estrechas y estructuradas en distintos ámbitos como ser el campo, la fábrica, etc. (Ortiz, 1996; Featherstone, 1995).

En la misma línea, una segunda vertiente de análisis es la que proviene de la antropología clásica que mira lo local como el espacio de resguardo, de lo propio, de lo compartido más vinculado a las comunidades, a sus relaciones intensas y próximas de parentesco, vecindad, colectividad, etc. Esta perspectiva enfatiza la necesidad de suministrar descripciones ricas en términos etnográficos que sean capaces de poner en evidencia e ilustrar la singularidad de pequeños pueblos o aldeas relativamente aislados. Así, los supuestos de los modelos de cambio social que se heredan del siglo XIX, en los cuales se pensaba que el pasado había implicado ciertas relaciones sociales que habían sido más simples, más directas, más fuertemente delimitadas (Durkheim, 1961; Tönnies, 1955) se nutren del hincapié en las pequeñas comunidades relativamente aisladas, estructuradas en torno de relaciones primarias, sostenidas en una fuerte vinculación emocional distanciándose de las más anónimas e instrumentales asociaciones secundarias de la metrópolis moderna.

Ambas apuestas coinciden en pensar lo local como espacios encapsulados basados en definiciones nutridas de la proximidad y la homogeneidad prendadas de una mirada romántica y nostálgica sobre lo que se ha perdido o lo que ya no es. En algún punto estas perspectivas suponen la existencia de una identidad cultural estable, homogénea e integrada que resulta no sólo única sino extremadamente duradera. De allí que se conciba los miembros de una localidad y su comunidad como algo distintivo, único; algo que transforma la localización de sus interacciones cotidianas de un espacio físico en un "lugar significativo". Por lo que los debates sobre identidad en estas líneas se ajustan a parámetros de autenticidad, búsqueda de raíz y origen (Ortiz, 1996) más cercanas a nociones esencialistas, primordialistas o etno-simbolistas.

Entre el economicismo esquemático y el romanticismo nostálgico lo que se pierde o lo que no se logra saldar son las cuestiones de cómo pensar lo local en un espacio de negociación de identidades, es decir, cómo es posible pensar la identidad local asumiendo su lugar en procesos sociales complejos. Entonces, nos preguntamos ¿de qué manera abordar lo local sin quedar presos de la añoranza o del esquematismo desparticularizado? ¿Cómo comprender los procesos identitarios locales en conexión con escenarios ampliados donde la nación también es protagonista? ¿Cómo articular los distintos niveles de configuración identitaria? ¿Cuáles son los modos de convivencia y coexistencia que se dan entre lo local y la nación?

Consideramos que como puntapié hay que retomar el sentido por el cual lo local es imaginado como ese espacio restringido en el cual se desenvuelve un grupo de personas. Pero hay que minimizar su abstracción y asumir una mirada tanto dialéctica como histórica que habilite concebir el territorio, los lugares, las localidades no como algo dado, estático sino como una configuración compleja atravesada por la articulación de diferentes niveles, actores, instituciones que operan encontradamente en su delimitación y apropiación (Safa, 1995). Por ende, la interacción, la negociación y el conflicto no pueden quedar al margen. Y va a ser entre la nación y los lugares uno de los caminos en los que se encuentran las identidades.

En esta línea, podemos entender que en el mismo proceso de construcción nacional (y por ende de la identidad nacional) se da un desdoblamiento del horizonte geográfico de pertenencia. Al ser las personas retiradas de sus localidades para erigirlas como ciudadanos, la nación opera desencajándolos de su espacio local, de su particularismo, de su provincianismo, integrándolos como miembros de una misma nación (Giddens, 1990b). Este movimiento, inevitablemente, se da con tensiones y conflictos configurando al mismo tiempo una identidad nutrida tanto de lo local como de lo nacional.

En este punto y a propósito me interesa especialmente introducir algunos comentarios que considero relevantes, sobre todo, para pensar las identidades en países como Argentina atravesados

profundamente por un sistema federal¹⁶ que podríamos denominar híbrido (Botana 1977, 1975). En nuestro caso argentino, el federalismo implica que las provincias que componen la nación son autónomas; derecho que se encuentra garantizado en artículo quinto de la Carta Magna: *“Cada provincia dictará para sí una Constitución bajo el sistema representativo republicano, de acuerdo con los principios, declaraciones y garantías de la Constitución Nacional y que asegure su administración de justicia, su régimen municipal y la educación primaria. Bajo estas condiciones el Gobierno federal, garante a cada provincia el goce y ejercicio de sus instituciones”*.

No obstante la sanción de la forma de gobierno representativa, republicana y federal por la Constitución de 1853, el acento sistemáticamente fue puesto a favor de la nación. Sistema que, en términos institucionales, hizo que la integración a la nación se llevara adelante a partir de establecer una organización política sostenida en un régimen con características poco comunes que suponía y supone un juego de poder diferencial entre la nación y las provincias, siempre en detrimento de estas últimas: *“entre 1862 y 1930, es factible condensar el desarrollo del federalismo en tres tipos de regímenes (1862-1880, 1880-1916, 1916-1930), en los cuales las modificaciones que tienen lugar, vinculadas con la reducción coactiva de los sedimentos confederativos a la unidad del Estado Nacional, dan paso al orden conservador y más tarde, al impacto proveniente del ejercicio de la soberanía popular: son tres regímenes inscriptos en un mismo marco constitucional que, no obstante sus profundas diferencias, mantienen incólume una vigorosa tendencia centralizadora”* (Botana en Calvo y Abal Medina, 2001: 10).

La emergencia y desarrollo de cualquier sistema federal es consecuencia, principalmente, de tres etapas: unificación nacional, decisión de adoptar un régimen federal y grado de centralización de éste. En Argentina, la necesidad de un espacio económico común entre las distintas provincias y las oportunidades comerciales derivadas fue lo que desencadenó el proceso de unificación nacional. Sin embargo, rápidamente las apuestas por un Estado unitario versus uno federal condujeron a los enfrentamientos entre partidarios de ambos bandos. La pugna de cada uno trascendió la mera definición del modelo estadual teniendo más que ver con el poder mismo en su interior. De allí que la centralización o descentralización del sistema vendría a ser el resultado, en términos institucionales, del conflicto entre las unidades territoriales de la federación que hicieron valer su dominancia por sobre el resto de provincias. No obstante, las continuas disputas interprovinciales y caudillescas así como el acento estratégico puesto en Buenos Aires dieron paso definitivo a un “federalismo centralizado plural” (Gibson y Falleti, 2003).

Escenario que no ha variado en demasía. Al decir de Alexis Tocqueville *“una vez que la centralización administrativa ha durado por un tiempo, si el mismo poder que la fundó quisiera luego destruirla, es siempre incapaz de lograrlo”* (en Schleifer, 1980: 137). Aún cuando Argentina se encuentra completamente integrada por provincias, la relevancia desmedida y constante de la ciudad autónoma de Buenos Aires como capital federal es una realidad que supera la imagen del mapa. A esto se pueden sumar una serie de indicadores (éstos, apenas son unos pocos) que nos hablan de la vigencia de esta tendencia.

En términos institucionales, la reforma constitucional de 1994 introdujo por primera vez el concepto de “región” en el artículo 124 de la constitución posibilitando a las provincias *“a crear regiones para el desarrollo económico y social y establecer órganos con facultades para el cumplimiento de sus fines”*. Sin embargo, esta nueva figura jurídica no constituye un nuevo nivel de gobierno político entre provincias dado que su función queda restringida única y exclusivamente al desarrollo económico y social (Hernández, 2002; Dalla Vía, 2002; Sabsay, 1999). En esta línea, en materia de política electoral también son evidentes las cuestiones de sobrerrepresentación, mayoritarismo, arrastre electoral de las elecciones presidenciales (Calvo y Abal Medina, 2001) con su consecuente personalización o predominancia del Ejecutivo nacional por sobre otras instituciones de gobierno, en especial, del Legislativo. Asimismo, la diferente distribución de recursos económicos y fiscales con su consecuente desfasaje en el desarrollo productivo de las provincias (Tomassi, 2002; Gibson y Calvo en Calvo y Abal Medina, 2001; Carmagnani, 1993; Pírez en Nohlen, 1991) repercuten en el orden de las políticas públicas de manera diferenciada, por ejemplo, la cuestión de la reorganización educativa en donde se derivan escuelas nacionales a provincias sin la correspondiente cofinanciación (Falleti en Calvo y Abal Medina, 2001). El fracaso escolar producto de la falta de una planificación adecuada que atienda la diversidad cultural y lingüística, la consolidación de un sistema educativo homogéneo que no contempla la multiculturalidad y el

¹⁶ Junto con Brasil, México y Venezuela son los países de América Latina que formalmente pueden denominarse como federales. A pesar de ser sólo cuatro en todo el contexto latinoamericano, representan el 65% de la población total de esta región (Gibson, 2003).

plurilingüismo son algunas de las consecuencias olvidadas de este sistema que no repara en la diversidad cultural e identitaria en el marco interior de la frontera nacional.

Estas cuestiones junto con otras no tocadas -como la indigenista, los migrantes e inmigrantes, el espacio de los nuevos actores sociales, la inclusión-exclusión simbólica de los medios, los modelos de gestión local, etc. (vistos en los estudios de Ibáñez, 2003; Grimson, 2000 y 1999; Bayardo y Laccarieu, 1999 y 1997; Karasik, 1994; Sarlo, 1994; Hidalgo y Tamango, 1992 entre otros tantos)- son parte de la lista cuasi infinita de cuestiones que ponen en el tapete las tensiones de lo local y lo nacional en Argentina, de tal suerte es claro que “...*la relación entre la diferenciación sociocultural y la unificación político-institucional (son) ejes en torno de los cuales, desde el siglo pasado, la lucha por la democracia se refiere a cuestiones de cultura política*” (Lechner, 1987: 7). Cultura que no puede sino contemplarse diferencialmente a la hora de abordar la construcción de identidades en la Argentina de hoy y de antaño.

Por ende, consideramos que resulta vital dejar de lado concepciones binarias dando lugar a asunciones articuladas que contemplen, al menos, tres dimensiones interconectadas: por un lado, las realidades e historias particulares que no se relacionan directamente con otras aún cuando coexistan en el mismo territorio nacional, es decir, aquellas que se reducen a lo local. Por otro, las historias nacionales que atraviesan los planos locales y que éstos redefinen a través de propios procesos y estrategias de mediación. Y por último, aquellos relatos y procesos más generales (que Ortiz, llama *mundialización*) que subsumen tanto el plano nacional como el local cruzando historias diferenciadas que se vuelcan simultáneamente a lo singular como a la diversidad (Ídem, 1996). De tal suerte, la conjugación de estos horizontes se define conflictivamente en torno a la (des)integración, la (des)territorialidad y el (des)encaje (Giddens 1990b).

Entonces, si bien en la muchos de lo estudios de lo local la preocupación está puesta en la aparente desterritorialización (Gupta y Ferguson, 1997), en lo que Edward Said ha llamado la “*condición generalizada de orfandad*” (1979:18). Vale decir, un mundo en donde las identidades están siendo cada vez más desterritorializadas o, por lo menos, diferentemente territorializadas, todavía cabe preguntarse “*¿Qué significa, al final del siglo veinte, hablar (...) de una ‘tierra natal’? ¿Qué procesos, más que qué esencias, están involucrados en las experiencias presentes de la identidad cultural?*” (Clifford, 1988: 275).

Desde la perspectiva que ofrecemos, lo que queda claro es que de lo que se trata es de relacionar dialécticamente lo local con escenarios mayores, como el nacional, a través de la articulación. De allí que las discusiones sobre la tensión entre lo global y lo nacional no colaboren a dilucidar marcadores locales-provinciales los cuales son referentes clave a la hora de entender nuestra/s identidad/es y los modos en que se (nos) imaginan(mos) y desarrollan(mos) los sujetos y sus (nuestras) relaciones (Grimson, 2004). De tal suerte, el estudio de lo local y sus identidades debiera ser ubicado en un contexto de diversidad y movilidad (Hannerz, 1992) de manera tal que pudiéramos pensar sus territorios con fronteras porosas y flexibles asumiendo la heterogeneidad constitutiva e histórica de los territorios y las localidades.

Esta propuesta analítica entonces no pretende jerarquizar lo local-provincial por sobre lo nacional, pero sí poner en el tapete la necesidad de pensar nuestra/s identidad/es y sus procesos de construcción desde un lugar intersticial, como un conjunto de planos atravesados por procesos sociales diferenciados que pueden ser pensados en términos de *transversalidad* o *trasvasamiento* (Ortiz, 1996). Lo cual nos lleva a reconocer que el dilema de oponer lo global, lo nacional y lo local es falaz. La transversalidad implica no quedar atrapado en el medio físico de manera exclusiva (pero tampoco negarlo) sino abrir el juego de posibilidades desde donde se estudia la cultura y sus procesos. En nuestro caso, asumiendo desde un inicio las cuestiones de cohabitación de identidades y volviendo la mirada hacia la Argentina interior: “*el desafío especial es el de utilizar un enfoque de una manera en que el espacio es imaginado (pero no imaginario) como un modo de explorar los mecanismos a partir de los cuales tales procesos conceptuales relacionados con la creación de lugares se encuentran con las cambiantes condiciones económicas y políticas globales de los espacios vividos – la relación, podríamos decir, entre el lugar y el espacio. Se debe tomar en cuenta que importantes tensiones pueden surgir cuando los lugares que han sido imaginados desde la distancia deben convertirse en espacios vividos. Los lugares, después de todo, son siempre imaginados en el contexto de las determinaciones político-económicas que tienen su propia lógica. El territorialismo es por lo tanto reinscrito exactamente en el punto en donde existe la amenaza de que sea borrado*” (Gupta y Ferguson, 1997: s.d)

Ciertamente, aplicar este artilugio teórico pone de manifiesto reconocer que la situación varía según los contextos, de allí que se genere una convivencia compleja no sólo con otros núcleos de construcción narrativa de identidades sino y, fundamentalmente, en torno a también variados tipos identitarios asociados a la nación, la provincia, la ciudad, el barrio, así como sus combinaciones y coexistencias.

En definitiva, de lo que se trata **no es descubrir nuevas tierras sino ver con nuevos ojos.**

Un cierre

Hoy por hoy es habitual escuchar decir que “el espacio se vació”, que “vivimos en un mundo sin fronteras”, que “estamos ante el ocaso del estado-nación” o ante “el fin de la historia, del arte, de la modernidad...”. En definitiva, pareciera que viviéramos en un estado terminal. En contraposición, consideramos que polarizar o dicotomizar la discusión entre “antes y después”, “continuidad y fin”, “modernidad y posmodernidad” no permite contemplar la paleta de posibilidades analíticas con la que contamos. No permite comprender la confluencia y metamorfosis propia de los procesos sociales, culturales, políticos, económicos.

Aún cuando los caminos (siempre múltiples), las respuestas (siempre parciales) y las elecciones (siempre subjetivas) podrían ser otras, creemos que estudiar la constitución identitaria entraña asumir que las identidades se expresan en campos de luchas y que estas luchas no pueden prescindir de la puesta en relación entre los actores, sus prácticas y el sistema de representaciones que son elaborados en el marco de la vida histórica. Su estudio requiere necesariamente de un abordaje histórico que pueda dar cuenta de la la ambigüedad y la pugna por la constitución de sentido.

En este punto hago propias unas últimas inquietudes retomadas de Gupta y Ferguson ¿cómo se establecen entonces los significados espaciales? ¿quién tiene el poder de hacer de los lugares espacios y de los espacios identidades? ¿qué es lo que está en juego? ¿quiénes son los protagonistas?

Dado que no queremos ser presa de la opacidad propia de las versiones sencillamente polares o románticas es que creemos que pensar y abordar el estudio de la/s identidad/es bajo las líneas propuestas en este trabajo consiente en adentrarnos en los *artífices* de su construcción así como nos exige interpelarla en su dimensión vincular no sólo respecto de sus *referentes* (de los cuales la nación y la provincia o lo local son clásicos) sino también dentro de los *marcos históricos* en los que toma vida. Todo lo cual delinea el lugar donde “encontrar” la/s *identidad/es* (en especial, pero no exclusivamente, la nacional y la local), un lugar donde encontrarnos.

Si bien no cabe duda de que los Estados juegan un papel crucial en la creación de lugares y en la creación de vínculos naturalizados entre los lugares y los pueblos, es importante anotar que están muy lejos de ser el único punto en donde la imaginación de lugar y pertenencia es politizada. La nación y, para tal caso, también la provincia, la ciudad, el barrio (como tantos otros referentes de ayer y de hoy) constituye parámetros que definen las relaciones sociales y políticas entre “nosotros” y “otros”, así las fronteras territoriales (y de las otras) se nos aparecen como un campo de exploración clave de los modos en que se imaginan(mos) y desarrollan(mos) los sujetos y sus(nuestras) relaciones.

Entre la nación y la globalización-mundialización, el espacio local (reiteramos: ya sea provincia, ciudad, barrio o el que sea) juega un papel clave debido al sustrato material y simbólico de representación y experimentación cotidiana. Dar lugar a la mirada de lo local (y en nuestro caso de la Argentina interior) es parte de la misma lucha de sentidos y de visibilidad de las culturas(nuestras).

Por ello, preguntarnos por estas cuestiones que hacen a los procesos de construcción simbólica de las identidades (es decir, a los procesos que [nos] hacen sujetos de identidad) indefectiblemente hace que nos estemos interrogándonos sobre la dimensión política de nuestro objeto de estudio como de nuestro propio trabajo intelectual. Ya que creemos que el pensar y trabajar la/s identidad/es desde las líneas propuestas consiente adentrarnos en los espacios en pugna donde se crean y recrean los relatos y los lugares de reconocimiento de los sujetos otros como de nosotros mismos. Tarea imprescindible para entender, proponer y ejecutar políticas que den cuenta de la heterogeneidad cultural de la que estamos hechos.

Bibliografía

- ALABARCES, Pablo. *Football and Patria. Sport, National Narratives and Identities in Argentina 1920 – 1980*. PhD Thesis. Londres: Brighton University, 2001.
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades Imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1993. (Versión original: *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* de 1983)
- ARONOWITZ, Stanley. *The Politics of Identity. Class, Culture, Social Movements*. New York: Routledge, 1992.
- BARBERO, Martín Jesús. Memoria narrativa e industria cultural. *Comunicación y Cultura* N° 10. México, 1983.
- BARBERO, Martín Jesús. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Gustavo Gilli, 1987.
- BARTH, Fredrik (ed.). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: FCE, 1976. (Versión original: *Ethnic Groups and Boundaries. Social Organization of Cultural Difference* de 1969)
- BAUMAN, Zygmunt. De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad. En HALL y DUGAY. *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- BAYARDO, R. y LACARRIEU, M. (comp.) *La dinámica global/local*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, 1999.
- BAYARDO, R. y LACARRIEU, M. *Globalización e Identidad Cultural*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, 1997.
- BHABHA, Homi. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- BHABHA, Homi. Narrando la Nación y Entrevista con Homi K. Bhabha. En FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (comp). *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- BERGER, P. LUCKMANN, T. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1997. (Versión original: *The Social Construction of Reality* de 1967).
- BENTON, Allison. Presidentes fuertes, provincias poderosas: la economía política de la construcción de partidos en el sistema federal argentino. *Política y Gobierno. División de Estudios Políticos del Centro de Investigación y Docencia Económicas*. México: CIDE, 2003.
- BOTANA, Natalio. *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana, 1977.
- BOTANA, Natalio. *El federalismo político en la Argentina. Ensayos de una interpretación*. Buenos Aires: Consejo Federal de Inversiones, 1977.
- BURN, Bradford. *The Poverty of Progress: Latin America in the Nineteenth Century*. Berkeley: University of California Press, 1980.
- BUTLER, Judith. *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- CALVO, E. - ABAL MEDINA, J.M. (eds.) *El federalismo electoral argentino*. Buenos Aires: INAP-EUDEBA, 2001.
- CARMAGNANI, Macello. *Los Federalismos Latinoamericanos: México, Argentina y Brasil*. México: FCE, 1993.
- CARTER, E. - DONALD, J. – SQUIRES, J. (eds.) *Space & Place. Theories of Identity and Location*. London: Lawrence and Wishart.
- CLIFFORD, James *The predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature and Art*. Cambridge: Harvard University Press, 1988.
- COHEN, Anthony. *The Symbolic Construction of Community*, London: Tavistock, 1985.
- CONDE, Mariana. *Lecturas descentradas: pensando la Nación en los márgenes. O cómo el fútbol hace 'hinchas' nacionales (y luego los deshace)*. Tesis de Maestría, IDAES – UNSAM: inédito, 2004.
- DALLA VÍA, A. R. Actualidad del Federalismo Argentino. En Serna de la Garza J. M. (coord.) *Federalismo y Regionalismo*. Memoria del VII Congreso Iberoamericano de derecho Constitucional. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, Serie Doctrina Jurídica, Núm. 103. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, p. 39- 104.
- DEUTSCH, Karl. *Nationalism and Social Communication*. Nueva York: MIT Press, 1966.

- DERRIDÁ, *Positions*, Chicago: University of Chicago, 1981.
- DURKHEIM, Emile. *Las formas elementales de la vida religiosa*. España: Alianza, 1961.
- ELÍAS, Norbert. *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Argentina: FCE, 1977.
- ERIKSEN, Thomas. *Ethnicity and Nationalism. Antropological Perspective*, London: Pluto Press, 1993.
- ERIKSON, Eric. *Identity: Youth and Crisis*. London: Faber, 1940.
- FEATHERSTONE, Mike. *Global Culture. Nationalism, Globalization, Modernity*. London: Sage Publication, 1990.
- FEATHERSTONE, Mike. *Undoing Culture. Globalization, Postmodernism and Identity*. London: Sage Publications, 1995.
- FEATHERSTONE, M. – LASH, S. – ROBERTSON, R. (eds.) *Global modernity*. London: Sage Publications, 1995.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (comp.) *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- FRIEDMAN, Jonathan. *Cultural Identity and Global Process*. London: Sage Publications, 1994.
- KAUTSKY, J.H. (comp.) *Political Change in Underdeveloped*. Nueva York: Countries John Wiley, 1962.
- KEDOURIE, Elie *Nationalism*. London: Hutchinson, 1962.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Culturas híbridas*, México: CONAC-Grijalbo, 1990.
- GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*, México: Gedisa, 1987.
- GELLNER, Ernest. *Naciones y Nacionalismos*. Argentina: Alianza, 1991. (Versión original: *Nations and Nationalism* de 1983)
- GIDDENS, Anthony. *Modernity and Self-identity*. London: Polity Press, 1991.
- GIDDENS, Anthony. *The constitution of society*. Cambridge: Polity Press, 1990a.
- GIDDENS, Anthony. *The consequences of modernity*. Standford: Standford University Press, 1990b.
- GOFFMAN, Erving. *The presentation of Self in Everyday Life*. London: Allen Lane, 1969.
- GIBSON, E. L. Federalism and Democracy in Latin America: Theoretical Connections. En GIBSON, E. L. *Federalism and Democracy in Latin America*. Baltimore and London: Johns Hopkins University Press, 2003.
- GIBSON, E. L. y FALLETTI, T. Unity by the Stick: Regional Conflict and the Origins of Argentine Federalism. En GIBSON, E. L. *Federalism and Democracy in Latin America*. Baltimore and London: Johns Hopkins University Press, 2003.
- GRIMSON, Alejandro. *El otro lado del río. Periodistas, Nación y Mercosur en la frontera*. Buenos Aires: Eudeba, 2004.
- GRIMSON, Alejandro. *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires: Ciccus/La Crujía, 2000.
- GRIMSON, Alejandro. *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba, 1999
- HALL, S.– DUGAY, P. *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003. (Versión original: *Questions of Cultural Identity* de 1996)
- HALL, S. – HELD, D. – MCGREW, T. *Modernity and its Futures*. Cambridge: Polity Press and Open University, 1992.
- HANNERZ, Ulf. *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*. s.d., 1996.
- HANNERZ, Ulf. *Complejidad Cultural*. Nueva York Columbia: University Press, 1992.
- HEATH, Stephen. *Questions of Cinema*. Basingstoke: MacMillan, 1981.
- HERNÁNDEZ, A. M. Rol de las regiones, provincias y municipios en el proceso de integración. En HERNÁNDEZ, A. y VALDÉS, D. (coord.) *Estudios sobre federalismo, justicia, democracia y derechos humanos*. Instituto de Investigaciones Jurídicas, Serie Doctrina Jurídica, Núm. 146. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, p. 219-272.
- HERNÁNDEZ, A. M. La descentralización del poder en el Estado Argentino. En SERNA de la GARZA, J. M. (coord.): *Federalismo y Regionalismo*. en SERNA de la GARZA J. M. (coord.) *Federalismo y Regionalismo*. Memoria del VII Congreso Iberoamericano de derecho Constitucional. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, Serie Doctrina Jurídica, Núm. 103. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, p. 211-273.
- HIDALGO, C. y TAMAGNO, L. (comp.). *Etnicidad e identidad*. Buenos Aires: CEAL, 1992.

- HOBBSAWN, Eric. *Nation and Nationalism since 1780: Programme, Myth and Reality*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.
- HOBBSAWN, Eric. Introduction: Inventing Traditions y Mass Producing Traditions. En HOBBSAWN, E. – Ranger, T., *The Invention of Tradition*, London: Canto, 1983.
- IANNI, Octavio. *Nacao e globalizacao en A era do globalismo*. Río de Janeiro: Civilizacao Brasileira, 1996a.
- IANNI, Octavio. *Teorías de la globalización*. México: S.XXI, 1996b.
- IANNI, Octavio. *A sociedade global*. London: Sage Publications, 1992.
- IBÁÑEZ, M. A. Interculturalidad en la Argentina: un concepto de moda, aún no debatido. *Actas del II Taller Internacional de Interculturalidad*, Santiago de Chile: Red Internacional de Interculturalidad, 2003.
- JENKINS, Richard. *Social Identity*. London: Routledge, 1996.
- KARASIK, Gabriela (comp.) *Cultura e Identidad en el Noroeste argentino*. Buenos Aires: CEAL, 1994.
- LACLAU, Ernesto. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1993.
- LARRAÍN IBÁÑEZ, Jorge. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1996.
- LEFORT, Claude. *¿Permanece lo teológico-político?*, Buenos Aires: Hachette, 1981.
- MEAD, George. *Mind, Self and Society from the Standpoint of a Social Behaviorist*, Chicago, University of Chicago Press, 1934.
- MORANDÉ, P. Cultura y Modernización en América Latina. *Cuadernos del Instituto de Sociología*. Chile: Universidad Católica de Chile, 1984.
- NAIRN, Tom. *The Breakup of Britain*. London: New Left Books, 1977.
- NOHLEN, Dieter (comp). *Descentralización política y consolidación democrática. Europa-América del Sur*. Madrid-Caracas: Síntesis Nueva Sociedad, 1991.
- ORTIZ, Renato. La modernidad-mundo. Nuevos referentes para la construcción de las identidades colectivas. *Telos* N° 49. Madrid: FUNDESCO, 1997a.
- ORTIZ, Renato. *Mundialización y Cultura*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1997b.
- ORTIZ, Renato. *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1996.
- OZKIRIMLI, Umut. *Theories of Nationalism. A Critical Introduction*. London: Mac Millan, 2000.
- PALTI, Elías. *La Nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*. Buenos Aires: FCE, 2003.
- PATRONI, Viviana. Argentina. En Griffiths, A. L. y Neremberg, K. *Handbook of Federal Countries*. McGill-Queen's University Press, 2002.
- RAJCHMAN, John. *The Identity in Question*. London: Routledge, 1995.
- RIVERO SIERRA, Fulvio. Culturas homogéneas y culturas heterogéneas ¿Una falsa dicotomía? Reflexiones en torno a la problemática de la multiculturalidad. En *Actas del Congreso Internacional ¿Cómo construir el diálogo intercultural?*, Rosario: AEI/IRICE, 2003.
- SABSAY, D. A. El federalismo argentino. Reflexiones luego de la Reforma Constitucional. En Agulla, J. C. (comp.) *Ciencias Sociales: Presencia y Continuidades*. Academia Nacional de Ciencias. Instituto de Derecho Público. Ciencia Política y Sociología, 1999, p. 425-438.
- SAFA, Patricia. De las historias locales al estudio de la diversidad en las grandes ciudades: una propuesta metodológica. En Bayardo y Lacarrieu, *Globalización e Identidad Cultural*. Buenos Aires: CICCUS, 1995.
- SARLO, Beatriz. *Escenas de la Vida Posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en Argentina*. Buenos Aires: Ariel, 1994
- SCHLEIFER, James. *The making of Tocqueville's 'Democracy in America'*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980.
- SMITH, Anthony. *Myths and Memories of the Nation*. Oxford: Oxford University Press, 1999.
- SMITH, Anthony. *Nation and Nationalism in a Global Era*. Cambridge: Polity Press, 1995a.
- SMITH, Anthony. ¿Gastronomía o geología? El Rol del Nacionalismo en la Reconstrucción de las Naciones. En *Nations and Nationalism*, 1995b, Vol.1 N° 1, pp. 3 – 23.
- SMITH, Anthony. *National Identity*, London: Penguin Books, 1991.

- SUGDEN, J. – TOLIMSON, A. Sports, Politics and Identities: Football Cultures in Comparative Perspective. En Roche, M. (ed). *Sport, Popular Culture and Identity*. Aachen: Chelsea School Research, Centre Edition, 1998.
- TILLY, Charles (comp). *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton: Princeton University Press, 1975.
- TÖNNIES, Ferdinand. *Comunidad y Asociación*. Londres: Routledge, 1955.
- VEDERY, Catherine. Wither 'Nation' and 'Nationalism'. En Balakrishnan, G. (comp). *Mapping the Nation*, London: s.d., 1996.
- WILLIAMS, Raymond. *Cultura y Sociedad*. Nueva York: Columbia Press, 1982.
- WILLIAMS, Raymond. *Cultura-Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona: Paidós, 1981.